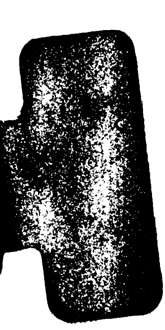
MANUELA ROSAS

MARMOL



MANUELA ROSAS.

RASGOS BIOGRÁFICOS,

POR

JOSÉ MÁRMOL.

TERCERA EDICION.

MONTEVIDEO:

1851.

INDIANA UNIVERSITY LIBRARY

Imp. Uruguayana.

A la aparicion de este pequeño trabajo, que dimos á la prensa el año anterior, nos sucedió lo que á la persona que describimos en él; es decir, unos nos levantaron á las nubes, otros nos bajaron al suelo.

En la prensa de Paris y de Londres, donde este trabajo se ha reproducido, hemos sido imparciales, justos &a. En la Sala de Representantes de Rosas hemos sido tratados de criminales, de traidores que osábamos decir que el cariñoso padre de Manuela había labrado la desgracia de su querida hija. Y es probable que en la tribuna de los salones tambien nos hayan censurado unos, y alabado otros. Porque hay jente que quiere por fuerza que los hijos se parezcan al padre, como jeneralmente lo quieren las madres. Pero la naturaleza y la historia no dicen eso, y sin la menor violencia preferimos ponernos de su parte.

De todos modos, algo hay de nuevo en nuestro escrito desde que ha movido tanto las opiniones; y mucho habrá de verdad y de justicia en él desde que ha costado lágrimas, en repetidas lecturas, á la desgraciada mujer de que nos ocupamos, y un rapto de furor salvaje á su bondadoso padre que dió órden á su diputado Irigoyen de tratarnos amablemente, y con la elocuencia federal, en la libérrima asamblea de que Scribe, ó Breton de los Herreros, habrían podido sacar inspiraciones admirables.

Nuestros *rasgos biográficos* sobre Manuela no pueden dar una exacta idea de la vida de esa jóven, y este trabajo es incompleto por lo mismo. Necesitamos estar en Buenos Ayres, muchas confidencias y muchos datos, para hacer un cuadro fiel de su vida; porque en la vida de una mujer hay circunstancias, secretos, pasiones y frivolidades, que solo son perceptibles muy de cerca, pero que una vez percibidas descubren el primer hilo de agua por el cual se puede llegar á la fuente caudalosa de su vida moral.

Un trabajo completo y de ese modo será publicado alguna vez por nosotros.

Entretanto, hoy hacemos la tercera edicion del primer ensayo sobre esa vida en nuestro pais tan histórica sin merecerlo, tan estudiada sin quererlo ser.

Mármol.

1851.

MANUELA ROSAS.

MONTEVIDEO—1850.

HÉ ahí un nombre conocido de todos, pero que indistintamente lo han aplicado unos á un ánjel, otros á un demonio. Pues esa mujer, que ha inspirado ya tantas pájinas en su favor y tantas en su daño, puede contar, entre los caprichos de su raro destino, el no haber sido comprendida jamás, ni por sus apolojistas, ni por sus detractores.

En buena hora los aduladores de su padre quieran adormirla embriagada con el incienso de sus lisonjas; y dibujarla, idealizándola, con rasgos estravagantes, algunos mercenarios escritores que, en la Europa como en América, han pretendido formar un cielo, un aire, un sol donde subir y colocar la diosa bellísima de su imajinacion, que ellos se empeñan en llamar Manuela Rosas, de Buenos Ayres, en 1840, 45 &a.

En buena hora tambien los adversarios poco reflexivos del dictador arjentino, se afanen en presentar á su hija como un modelo de perdicion.

Unos y otros no habrán hecho mas que falsificaciones de un personaje que pertenece ya á la historia arjentina; y, como tales, sus pinturas apasionadas pasarán inapercibidas mas tarde, ante el ojo frio y desinteresado del historiador.

Emprender un trabajo circunspecto y tranquilo sobre esa mujer, es hoy una empresa con mas dificultades de lo que parece al primer exámen; no por el trabajo en sí, sinó por las vulgaridades con que se habrá de luchar, en una época en que el vulgo de las ideas y de los hombres predomina con admirable superioridad entre nosotros; quiero decir, en Buenos Ayres y Montevideo.

Arrostrando, pues, ese inconveniente vamos á ocuparnos de Manuela Rosas, en un sentido nuevo, y mas racional que aquellos que se han adoptado antes para hablar de ella.

Perdon, señorita; voy á tocar ciertas fibras de vuestro corazon, y os estremecereis un momento; voy á levantar una punta del velo misterioso de vuestra vida íntima, y vuestro semblante se encenderá de pudor y de enojo; voy á fijar mi vista en ciertos hechos de vuestra vida social, y vuestra mirada orgullosa querrá quemar mi frente con su rayo. Pero—y creed lo que os digo—no hay en mí ningun deseo de ofenderos. Pues si bien sois ya para mi patria una propiedad de su historia, que pertenece al exámen público de sus contemporáneos, no habeis dejado para mí de ser una mujer. Y cuando la causa política á que tengo el honor de pertenecer, llegase á un grado tal de postracion, que, para sostenerla, tuviesen necesidad sus defensores de hacer la guerra á las mujeres, yo me pasaría gustoso á vuestro padre, antes que someterme á tal conducta, y tendría el honor de hacerme presentar en vuestros espléndidos salones, vestido de colorado de pies á cabeza como los diablos de Hoffman, ó el jeneral Mancilla.

Por el contrario, lejos de querer ofenderos, quiero ser el primero de los enemigos del sistema político de vuestro padre, que alce la voz para haceros justicia, en lo que realmente la merezcais........

Cierto; el nombre de Manuela Rosas es ya una propiedad de la historia. Su padre habrá tenido la triste mision en el mundo, de grabar sello indeleble y de reprobacion á cuanto lo haya rodeado en el período memorable de su dictadura.

Unico dueño de su poder como del pueblo que esclaviza con él; radiante con esa aureola de sangre que rodea su frente; fascinador con su inflexible tiranía, no es un dios, pero es un demonio que hace bajar la frente á cuantos se le acercan, presas todos de esa doble enfermedad del cuerpo y del espíritu, que se llama "el terror."

Y su hija, única persona que lo vé, que lo oye y que participa de su confianza, es para el pueblo enfermo, débil y fanatizado, el altar donde corre á deponer de rodillas el homenaje servil de su postracion.

Manuela oye á todos; recibe á todos con afabililidad y dulzura.

El plebeyo encuentra en ella bondad en las palabras y en el rostro.

El hombre de clase halla cortesanía, educacion y talento.

Manuela no es una mujer bella, propiamente hablando; pero su fisonomía es agradable y simpática, con ese sello indefinible, pero elocuente, que estampa sobre el rostro la intelijencia, cuando sus facultades están en accion contínua.

Su frente no tiene nada de notable, pero la raiz de su cabello castaño oscuro, borda perfectamente en ella esa curba fina, constante, y bien marcada, que comunmente distingue á las personas de buena raza, y de espíritu.

Sus ojos, mas oscuros que su cabello, son pequeños, límpidos, y constantemente inquietos. Su mirada es vaga. Se fija apenas en los objetos, pero se fija con fuerza. Y sus ojos, como su cabeza, parece que estuvieran siempre movidos por el movimiento de sus ideas.

El color de su tez es pálido, y muy amenudo con ese tinte enfermizo de los temperamentos nerviosos.

Agregad á esto una figura esbelta ; una cintura leve, flexible, y con todos esos movimientos llenos de gracia y voluptuosidad que son peculiares á las hijas del Plata, y tendreis una idea aproximada de Manuela Rosas, hoy á los 33 años de su vida ; edad en que una mujer es dos veces mujer.

Todo cuanto en la tierra puede lisonjear la vanidad de una mujer, se acumula en derredor de Manuela. El poder, el lujo, la admiracion, la obediencia, todo esta rendido bajo el imperio de sus ojos, que no se abren sino para deslumbrarse con los reflejos de la espléndida boreal que circunda su existencia.

Los paseos públicos se cuajan de jentes que se apresuran y disputan el honor de recibir una mirada de ella.

Los teatros no dán principio á los espectáculos, antes que esta dama de un perpetuo torneo, no se presente en ellos.

Los enviados de las primeras naciones del mundo, se acercan á buscar en sus ojos una mirada de distincion, con mas fervor que otros llegaban á Catalina de Medicis sobre el trono de Francia, á Maria Stuart bajo el trono Escoces, ó á Elisabeth con el cetro de Enrique VIII. Y si Manuela deja escapar de sus lábios una frase cualquiera en favor del diplomático, ó del gobierno que representa, el diplomático se cree entonces mas incinuativo que Buckingham, en el ánimo de las mujeres ; mas astuto que Richelieu, en los laberintos de la diplomacía ; y mas intelijente que Pombal, en las conquistas políticas. ¡ Tal es la influencia magnética de los gobiernos despóticos y personales, hasta en el espíritu de aquellos hombres, que menos debieran temerles al parecer !

Así, aquella criatura nacida en las florestas del medio-dia americano, donde la mujer como las flores-del-aire, solo fascina con su delicada belleza y con la fragancia de su alma, puede mirar con desde las mujeres mas abrillantadas de la Europa, en medio de cuanto el arte y el respeto tradicional les consagran, colocadas por su nacimiento y su fortuna, en la eminencia de las graderías sociales.

Pero filtremos la mirada al través de ese horizonte deslumbrador, y sondeémos despacio el lóbrego vacío que se esconde tras él.

Pobre mujer ! En torno de Manuela Rosas, el mundo es una orjía donde se embriagan sus sentidos, y, sin saberlo ella, olvida, como el Manfredo de Byron, la esterilidad ó las angustias de su alma, en las ilusiones materializadas de la vida.......

Manuela, como se ha visto, tiene mas de 30 años. Su vida nació, abrió la



flor de su juventud, bajo este cielo bellísimo del Plata, donde el alma se impresiona de amor y se opasiona, en el curso de una hora ó de un minuto, impulsada por esas propensiones simpáticas, que se desenvuelven prodijiosamente en un instante bajo los climas meridionales, donde el alma no quiere ser menos armoniosa, ni menos pródiga de encantos, que la naturaleza en que respira.

El alma de una bonaerense se marchitaría y moriría dentro de sí misma, si la faltara un instante el hálito de las ilusiones y del amor, que ella absorve de la luz suave y azulada que refleja sobre las nubes de cisne de nuestro cielo ; de las brisas sutíles que se perfuman en los jardines del Paraná, y de las perspectivas variantes y poéticas de la hermosa y virjinal naturaleza que nos rodea.

Pues bien ; á esa edad Manuela, esa creatura del Plata, cuyos ojos húmedos y claros, cuya tez pálida y boca voluptuosa, revelan con candidéz que es una hechura perfecta de su clima, no ha podido sentir una pasion de amor ; ó la ha sentido escondiéndola en los misterios de su alma para devorarla en secreto ; o ha tenido que pedir á la intriga una felicidad que no le es dado gozar franca y honestamente.

Confidenta de su padre ; educada por él para servir á los juegos esternos de su política ; dando á entender en una palabra, en un jesto de ella, los deseos de su voluntad despótica, que ván luego á estrellarse, como leyes de fierro, sobre la frente encorvada de sus esclavos, ella no puede pertenecer á ningun hombre en la tierra, porque los ojos de ningun hombre han de ver de cerca los subterráneos de una dictadura, que solo és como és por la lejanía en que vive del contacto ajeno.

Dar un esposo á su hija, sería en Rosas un acto negativo de su conocida sagacidad. Porque eso sería dar á otro hombre las confidencias de su hija ; es decir, los secretos todos de sus debilidades, de sus vicios, y de los medios vulgares de que hace uso para llegar á sus estraordinarios fines.

Él lo comprende bien. Él sabe que por una ley de la naturaleza, mas incontrastable que las que dicta su voluntad de tirano, su hija habría de pertenecer mas á su marido que á su padre, el dia que partiera su lecho, como su cariño, con aquel.

Esto por una parte ; por otra, vistas futuras en su política, que ya no son misterios á los ojos de los que la estudian de cerca, hacen que Rosas vele como un amante celoso, los latidos del corazon de su hija.

Vendrá un dia quizá, si la providencia no se cansa, al fin, de soportar los delitos de un solo hombre, que es la protesta viva de la justicia del cielo sobre el mundo, en que él saque de su hija, soltera, un partido mas ventajoso, que el que reportaría de un ejército de 10,000 hombres. Y él espera ese dia ; ó mas bien, él hace que ese dia le espere á él, para realizar su sueño dorado, que está bullendo hace años bajo su melena de salvaje, y que no cesará sino bajo el peso de una corona, ó bajo la cuchilla del verdugo.

Paso audaz, cuyas consecuencias él mismo no comprende, pero á que él se encamina,—porque solo él podría alcanzarlo—no en busca del principio, por que ignora lo que es, sino en busca de su abrillantamiento personal.

Y llegado ese dia—blanco perenne de todos sus esfuerzos—su obra imajinada está cumplida entonces, y la mano de su hija le será quizá un apoyo eficaz á sus designios.

Pero todo eso es eventual; está sujeto á todas las vicisitudes de su carrera pública. Y, entretanto, hoy, el resultado es el mismo para su hija; pues cualesquiera que sean las causas que lo motiven, ella tiene que vivir una vida estéril é infecunda para ese sentimiento semi-divino que hace en el mundo la felicidad de las mujeres; ó apurar bajo la sombra del misterio y en la copa de las culpables, una dicha que su padre le niega.

No hay medio: ó ella tiene que poner llave de diamante á su corazon, para respetar la voluntad de su padre, ó ella tiene que hacerse criminal en la intriga, segun el lenguaje de la moral social.

Pero no es esta aun la mayor de sus desgracias.

La mas agria de todas es, que ese mismo padre no ha dejado en derredor de su hija, un hombre solo capaz de inspirarle una pasion noble y profunda, de que pueda envanecerse.

La mujer que desde el primer momento se contempla superior al hombre que se le acerca, ya no puede jamás apasionarse dignamente por él.

Sea en el curso de una hora ó de un año, es necesario que el espíritu de una mujer sea dominado, fascinado por el espíritu de un hombre, para que su corazon dé los primeros latidos del amor; del amor del alma; de ese que comienza por la abnegacion y acaba por el sacrificio. Pues es de él que hablamos, y no de esas impresiones carnales que envilecen el amor, ni de esas afecciones fugaces que hieren la imajinacion y la deslumbran, pero que pasan luego, como el aliento sobre un cristal, ó la huella de un cisne sobre un lago.

Para aquel amor es necesario que una mujer tenga algo que admirar ó respetar en un hombre. Y no es solo el prestijio de la gloria, del poder, del talento y de la hermosura varonil, lo que puede imperar sobre el espíritu entusiasta y poético de las mujeres. Hay en la naturaleza moral de los hombres otro elemento de fascinacion sobre ellas, mucho mas eficaz y poderoso, que la gloria con toda su aureola, y el talento y la hermosura con sus atractivos seductores. Y es esa indefinible influencia de la voluntad varonil, que, ejerciendo sobre el alma tímida de las mujeres el despotismo de lo fuerte sobre lo débil, hace que ellas comprendan que se hallan en la presencia de un *hombre*, que tiene un corazon para *amar*, una voluntad para *obrar*, y un brazo para *defender* á su querida.

Pero Manuela Rosas no encuentra uno solo de esos hombres, en cuantos ván

á mendigar de sus ojos un rayo de favor que los abrillante un momento, no de amor, sino de proteccion *oficial.*

Si bajo el gobierno de Rosas pueden haber quedado hombres de corazon en Buenos Ayres, no es en las antesalas de Palermo donde se encontrarán por cierto; sino en el retiro de sus casas, procurando que Rosas y sus satélites los olviden, hasta que llegue el momento en que ellos mismos les hagan acordar, que aun quedaban hombres á la patria de los libertadores de la América.

Pero en Palermo, en esa parodia de *Versalles* donde se huelga la vanidad estúpida de Rosas, no halla Manuela sino lo mas abyecto de la sociedad bonaerense, que viene allí cubierta de lujo y vilipendio.

Jira sus ojos, y esa mujer desgraciada en medio de su teatral felicidad, no descubre sino hombres débiles, sometidos, prosternados, que se hacen un deber y un honor en humillarse delante de la mujer misma á quien pretenden lisonjear.

Vestido, lenguaje, opiniones, todo en ellos es una imposicion del amo que los gobierna ; y ante Manuela, ante ella que conoce el orijen de cuanto pasa en la República, todos los frecuentadores de Palermo no son otra cosa que los títeres de las ideas de su padre. Hombres todos que á la mas leve insinuacion de Rosas, cometerian una infamia, ó se le ofrecerian de payasos sin repugnancia, por que el terror ha gastado en ellos la conciencia de su dignidad, y su amor propio.

En medio de esos reptiles Manuela es un Dios.

Mas fuerte, mas sábia, mas independiente que todos ellos, su voluntad domina en todos. Y cuando sus ojos les honran con una mirada, no hallan otra que la sostenga con valor.

A medida que ellos se postran, el espíritu de esa mujer se levanta, y se dice á sí mismo y con razon, cuantos me cercan son inferiores á mí.

Así, ninguno de esos hombres puede inspirar una pasion noble y orgullosa en el corazon de Manuela ; ninguno puede levantarla á esa altura de engreimiento y vanidad por su querido, que hace la gloria de las mujeres ; ninguno, en fin, puede despertar en su alma esas ilusiones abrillantadas con que la imajinacion de las mujeres forma cielos donde vén y admiran el dios de sus amores ; por que los hombres prosternados y manchados no inspiran jamás una pasion ; puede su hermosura física dar lugar á un deseo—eso es todo lo mas que pueden ellos.

Pero mas, todavía. Al mismo tiempo que Rosas sentencia á su hija á un celibato eterno, como un jénio del mal, la empuja á las tentaciones y al vicio.

El hace de su barragana la primera amiga y compañera de su hija; él la hace testigo de sus órjias escandalosas, á que lo impele su temperamento carnal y cínico; él la hace el instrumento de sus deseos salvajes con las jóvenes que el vicio de sus padres arrastra hasta Palermo; y, al mismo tiempo de estos ejem-

ples, él concede á su hija toda la libertad de un hombre; á su hija, para quien todos los hombres son casados, pues que á ninguno puede amar lejítimamente y con franqueza.

¿Qué resulta de aquí? que su hija, respetando un fondo de moral que puede existir en su alma, tiene que cerrar su pecho á toda sensacion amorosa que quisiera tener cabida en él, y entonces es desgraciada hasta el martirio; ó tiene que arrastrarse á las intrigas culpables á que los ejemplos de su padre la incitan, y asesinando toda pasion noble en su alma, dar espandimiento á sus sentidos entre el misterio, y entonces es desgraciada hasta la compasion, pues esas faltas en las mujeres, que son impulsadas á ellas por circunstancias ajenas á su voluntad, merecen mas el título de desgracia que de culpa.

« En la familia de Rosas no se encuentran esas pasiones anjélicas de los se-« res sin ambicion y sin mancha ; no, no es allí donde ese sentimiento es con-« siderado como la primera felicidad de la existencia. Hombres y mujeres ne-« cesitan las sensaciones fuertes de la intriga y del delito, para satisfacer su « inclinacion al mal ; » así me repetía una persona cuyo talento admiro y cuyo temperamento frio y desapasionado le hace ver las cosas en su verdadero punto de vista, jeneralmente.

Pero admitiendo tal clasificacion para Manuela ¿quién sería sino su padre el responsable de su falta? ¿quién sería sino ella la víctima de esa imposicion terrible de vivir soltera, de no poder hacer ostentacion lejítima de sus amores, á que la ha condenado el mismo que la dió la vida.

Así, la última de las jóvenes arjentinas, en la jerarquía social, es mas feliz que la hija de D. Juan Manuel Rosas.

La jóven que se presenta humildemente con su vestido de muselina y sus manos desnudas ; que pasa por en medio á la muchedumbre sin recibir ovaciones del miedo, que no tiene oro, ni poder, ni vasallos, que es sola y huérfana en el mundo, como las azucenas del desierto, es mas feliz que Manuela. Para ella hay un corazon en el mundo que corresponde á los latidos del suyo pura y descubiertamente ; ella encuentra una mirada en que interpreta y traduce un idioma entero de felicidad inefable, con esa intelijencia íntima y perceptible del alma armoniosa de las mujeres; y ella, despues, alcanza la realidad soñada en sus amores, recibiendo en el primer beso de su esposo, la recompensa de sus inquietudes de amante. ¡ Pero, Manuela ! árida, sombría, infecunda, su vida se ha escurrido en el mundo, como esos horizontes de invierno donde la mirada se sumerje sin encontrar un cambiante de luz que la distraiga. ¡ O bien esa infeliz habrá tenido que hacerse criminal ante la moral y los preceptos de la sociedad, haciendo en secreto un delito de un afecto, que, con otro padre, habría podido descubrirlo á la sociedad sin rebozo !

¡ Cuantas veces, allá en las soledades de su espíritu, como las aves terrestres arrebatadas por el viento á las llanuras desiertas de los mares, habrá ambicio--

nado un abrigo lejítimo para su corazon, huérfano á las pasiones que la naturaleza, la relijion y la sociedad autorizan!

¡Providencia divina, la accíon de tu justicia es impenetrable, como el soplo creador con que diste la vida al universo; y por uno de esos fallos terribles de tu voluntad soberana, parece que castigas á ese hombre á quien la humanidad debe tantas lágrimas y sangre, haciendo que él mismo sea la causa de la desgracia de su hija!!!

II.

Se ha dicho con frecuencia, que Manuela es mala; que su educacion y sus hábitos han prostituido su sensibilidad y sus gustos, y que el amor no puede por lo mismo ser una necesidad imperiosa en ella.

Está bien; amplifiquemos todos los defectos de su educacion. Estudiemos esa mujer en toda su vida, y veamos lo que hay de verdad en todo eso.

Manuela rayaba en la edad mas impresionable de la vida; tenía apenas 18 años, cuando su padre subió al poder por la segunda vez. Y desde entonces vivió en compañía suya, hora por hora; cosa que jamás le había acontecido antes de esa época, en que la vida de Rosas cambia completamente en su modo de ser doméstico.

Desde el primer dia de ese segundo periodo de su gobierno, Rosas empieza á desenvolver el sistema cuyos elementos había estado confeccionando desde el desierto, á merced de la intriga y de las desgracias públicas que partían de 1828. Y con esa época dá principio la relajacion de la justicia, de la moral y de las costumbres públicas en la infeliz Buenos Ayres.

La sociedad entera sufre un vuelco completo á la voz del caudillo gaucho, que arrojaba toda la barbarie de la Pampa sobre los elementos que la civilizacion había trabajosamente esparcido.

La clase corrompida y oscura de la sociedad, surje improvisamente del cataclismo público, y ocupa el rango de la clase culta, y esclarecida por el nacimiento ó por las acciones. Clase en minoría, sofocada pronto por la irrupcion de vándalos que la invade; y desde entonces, y progresivamente, ideas, habitudes, costumbres, gustos, sucumben con las personas en el destierro, en las cárceles ó en el cadalso.

Buenos Ayres empieza á desaparecer.

La casa del Atila pampa, abre sus puertas á una muchedumbre de puñal al cinto, que venía á la capital á revindicar la barbarie y el cinismo de las pulperías y del rancho, desterrados siempre de la culta y orgullosa capital, en todos tiempos y bajo todos los gobiernos.

Sentimientos, lengua, trajes, todo sufre un repentino trastorno.

La libertad sucumbe.

La justicia deja su puesto á la voluntad de un hombre.

La relijion se convierte en instrumento de partido y de sangre.

A la cultura comienza á suceder la licencia y la torpeza.

Y á las esterioridades finas de un pueblo civilizado, reemplazan los malos gustos y peores instintos de nuestros arrabales.

En la casa de Rosas se hiperboliza naturalmente todo, sin esceptuar el vicio, porque de esa casa surjía el pensamiento y el impulso que hacía retroceder la ciudad á doscientas leguas mediterráneas, y la sociedad á los tiempos primitivos de la conquista ; siendo el vértigo de la barbarie en reaccion, lo que era entonces el fanatismo relijioso y político ; y representando la sociedad culta el fúnebre papel del pueblo indiano.

Rosas corteja, adula y enorgullece con su amistad, á los instrumentos de que se sirve, y su casa, su bolsa y los empleos públicos no se ocultan para ellos.

Los que hayan pasado por la casa de Rosas á cualquiera hora del dia ó de la noche en los años 36 y 37, por ejemplo, sabrán decir, por el número de caballos aperados que había en la calle, el número de personas que había en aquella casa, y la clase poco mas ó menos á que pertenecían.

Esos años y los siguientes fueron los del apojéo de Cuitiño, Parra, Maestre, Santa-Coloma, Salomon, y otros infinitos amigos de estos honrados caballeros.

" Era de verse " dicen unas memorias que tenemos á la vista, escritas por persona bien competente, " la casa de Rosas en esos dias (1836). Era encontrarse entre verdaderos demonios. Todos los dias veia caras nuevas, y cada una parecía que se acababa de escapar del presidio."

Entre esa jente sin moral, sin relijion, sin vínculo ninguno de esos que ligan á los hombres con la virtud y la decencia en la sociedad ; ébria con su victoria sobre sus eternos rivales que vestian frac y calzaban guantes, el espíritu y el corazon de Manuela se desenvuelven, y en su alma jóven empiezan á caer las primeras semillas de lo que debía completar mas tarde su educacion federal, segun los principios y la propaganda de su padre.

Todo cuanto había de ilustrado, de noble, de digno en la sociedad arjentina, recibe de Rosas la denominacion de *Unitario ;* porque todo aquello protestaba contra el sistéma bárbaro que introducía al gobierno y al país, como habian protestado los verdaderos unitarios.

Una vez clasificados de ese modo sus adversarios políticos, las cárceles, la confiscacion, la muerte, vienen sucesivamente á apoderarse de ellos.



"¡Enemigos de Dios y de los hombres!" repite la plebe bruta y fanática que hace el eco de su caudillo, y una competencia que hace crispar los nervios al recordarla, se establece entre los federales de Rosas, para alcanzar cual mas mayor fama, con mayor barbarie, con mayor cinismo, con mas horribles persecuciones sobre los "enemigos de Dios y de los hombres."

La casa de Rosas se convierte en la bolsa de este comercio de sangre y vicios; y Manuela, la infeliz jóven que no podía comprender política ni filosóficamente lo que pasaba en torno suyo, alcanzaba perceptiblemente, que los unitarios querían la muerte de su padre, de ella, de toda su familia, y de todo el mundo, segun la vocinglería orjiaca que la aturdía.

Y, sin violencia, empezaron á entrar en su alma las primeras antipatías por la clase mas pura de la sociedad en que había nacido.

Sus delicadezas de mujer, sus instintos de jóven, los ejemplos primeros de su niñéz, todo debió sublevarse en ella contra esa vida nueva que de improviso la rodeaba. Pero al mismo tiempo era mujer, jóven é hija, y todo cuanto presenciaba se le traducía como necesario á la defensa de su padre y de ella propia.

Y sutilmente fuése filtrando en su alma la tolerancia, si no el gusto, por todo cuanto al principio debió sorprenderla y repugnarla.

En la naturaleza humana todo se modifica y trastorna por el influjo del ejemplo y del hábito. Y si hay espíritus, como constituciones que les resisten, no son mas que escepciones que justifican la regla.

Así, Manuela empezó á adquirir una segunda naturaleza por la influencia de la educacion; de esa educacion del ejemplo, la peor ó la mejor de todas, en el órden moral, segun que se encamine á lo malo ó á lo bueno.

Insensiblemente, los gustos y los sentimientos fueron relajándose en ella. Y sus ideas sobre el bien, lo humano y lo justo, fueron estraviándose á la par, en el laberinto de subversiones morales, que brotaba del nuevo órden de cosas, cuyo movimiento imprimía la mano de su padre.

El odio á semejantes suyos, era la oracion con que cerraba sus ojos, y la alborada con que los abría.

Los padecimientos de ellos, sus afrentas, su muerte, referidos bajo aspectos horribles y repugnantes, era la crónica diurnia que la entretenía en su casa.

Mujeres energúmenas, con alma y boca prostituidas, que, por escarnio del sexo, aparecen en los pueblos cuando el volcan de las revoluciones arroja su lava inflamada sobre la sociedad, invadieron al mismo tiempo la casa y la amistad de Manuela.

Formaron en derredor de ella una muralla impenetrable á la palabra y la mirada de las *Unitarias*: de esas mujeres altivas, radiantes de espíritu, de gracia y de orgullo, que constituyen la clase aristocrática—permítasemo esta pala-

bra—de la República de Mayo; y que durante lo mas aterrador de la dictadura, han ostentado mas valor y nobleza que los mismos hombres.

Entretanto, aquellas, revolviendo en sus entrañas toda la hiel que acumulaba en ellas el recuerdo de su vida pasada, oscura y manchada por su nacimiento ó su conducta; y ébrias de entusiásmo por el hombre cuya mano las alzaba del lodo y las hacía respirar artificialmente el aire de señoras, rompian el freno á sus instintos y á su educacion de cuartel, y esparcían una atmósfera de prostitucion y torpezas, en torno de esa flor huérfana, cuya primer desgracia era nacer del tronco que llamaban de vida y de gloria, por sarcasmo de la vida y la gloria de los pueblos.

Matar, robar, proscribir, encarcelar, todo esto era la obra de Dios sobre la tierra, con tal que se emplease contra los enemigos del heróico *Restaurador de las Leyes;* que no había dejado, sin embargo, una sola ley buena ni mala en Buenos Ayres.

Y este tema presentado en mil variaciones, dia y hora por hora, estuvo á los oidos de Manuela ¿por un mes? ¿por dos? nó, por años enteros en la edad en que la vida es una esponja que absorve cuanta gota benéfica ó envenenada la humedece.

Manuela no era un ánjel; no era tampoco una creatura priviliada en el temple de su alma y de su intelijencia; era simplemente una mujer, y como tal su sensibilidad y sus instintos debían sucumbir al golpe contínuo de las impresiones que la invadían por do quiera:—y así sucedió. Pero no anticipemos las consecuencias.

Prosigamos:

A esa educacion teórica que se acaba de delinear apenas, y que se puede hacer llegar hasta el año 38, sucedió luego la educacion práctica para Manuela.

Llegó aquel año célebre en los fastos de los pueblos esclavizados que ríen y cantan al son de sus cadenas mismas: aquel año de las famosas "fiestas parroquiales," en que todos los vicios, las estravagancias y las tendencias dañinas, que trae consigo al mundo la complicada naturaleza humana, y á quienes la civilizacion ha conseguido contener pero no estirpar, salieron libres y triunfantes á holgarse en las calles, plazas y templos de la profanada ciudad, por un año completo.

Los perfiles solamente de ese inmenso cuadro de prostitucion inaudita, largos serían y pesados en este lugar.

Baste decir que fué un año entero de orjia permanente, que solo mudaba de barrio y de escesos en cierto número determinado de dias.

Todo cuanto la plebe de un pueblo ignorante y belicoso, tiene de mas obceno é insolente, todo cuanto hay de mas salvaje y estravagante, de mas irrelijioso y torpe en la embriaguez de vino y sangre, cuando se apodera del cerebro del populacho, figuraron allí, lo mismo al pié de los altares que á la pre-



sencia de las vírjenes á quienes sus padres arrastraban á federalizarlas dignamente.

Como debe suponerse, Manuela era en esas fiestas la reina, la emperatriz, la diosa que representaba al Júpiter de la Federacion; ó mas bien al demonio de ese infierno, que trastornaba tantas cabezas y corrompía tantas virtudes.

Llevada en triunfo, como el retrato de su padre, empezaban por conducirla á profanar el altar de Dios, y acababan por llevarla á que se profanase ella misma como mujer, como señorita, como jóven, en el banquete orjiaco que cerraba la mitad de cada fiesta.

Una tormenta de maldiciones sobre el jénero humano que no era federal, estallaba al oido de la infeliz heroina, que no soñó serlo, ni hizo nada por serlo en su vida.

Era una tempestad de un órden no conocido hasta entonces en la naturaleza:—allí eran los ojos de los convidados los que relampagueaban; la algazara, quien hacía las veces del trueno; y eran los brindis quienes fermentaban y estallaban el rayo.

Las mujeres mismas, reventados en ellas los lazos de la relijion y la moral, rivalizaban con los hombres, en conjurar á muerte á los enemigos del Restaurador federal. Era el esceso, la hipérbole de las inspiraciones del diablo cada brindis. Pero—oígase esto:—"no hay un solo brindis de Manuela en todo el año de las parroquiales." Se hallará apenas en la *Gaceta Mercantil* que rejistraba cautelosamente la crónica de los banquetes, alguna que otra palabra de Manuela, equivalente á un saludo insignificante.

La bacanal mudaba de faz. Era la hora del baile. Manuela no debía faltar. El héroe Restaurador se guardaba bien de mezclarse entre la multitud; pero la hija debía ir entre ella para popularizarle su nombre. Y héla ahí danzando cuatro ó seis horas con ébrios, con asesinos, y hasta con negros una vez. Danzando, no los bailes de la sociedad culta, porque eran unitarios, sino los bailes de la plebe, con todos esos movimientos repugnantes y lascivos á que llaman "gracia."

Es cierto que en esos bailes, como en los banquetes que los precedían, se encontraban personajes de distincion por su nacimiento ó por sus antecedentes, llevando consigo á sus esposas y sus hijas. Pero el personal de ello lo formaba la plebe soéz de Buenos Ayres, que Rosas había nivelado con aquellos señores, para vejarlos, humillarlos y comprometerlos mas en su partido. Y ellos, esos diputados, jenerales y majistrados antiguos, mas criminales aun que los forajidos con quienes bebían y danzaban, hacían esfuerzos inauditos por vulgarizarse y descender de su escala y de su educacion, para merecer mejor el renombre de buenos federales, y conservar su vida y sus empleos á costa de esa cobarde prostitucion.

Y eran ellos así, los que mas contribuian á estraviar las ideas y los instintos de Manuela.

Y ese fué el segundo curso de enseñanza primaria que recibió esa infeliz.

Llega en seguida ese malhadado año 40, en que los sucesos conspiran repentinamente en favor de Rosas, próximo á su fin.

Había sido sorprendido por sus enemigos en medio de su colosal empresa.

Los ejércitos habían llegado hasta las puertas de la capital, cuando aun no se había estinguido en ella la conciencia de la dignidad y del valor nacional, y tal ocurrencia puso á Rosas en situacion dificil y tirante. Pero libre de ese peligro, Rosas se apresura á reparar su falta, dando su último golpe de estado.

El cuchillo de la Mashorca se convierte en guillotina oficial por un mes entero. La sangre riega las calles, y cabezas humanas aparecen con el dia en los parajes públicos.

El terror se apodera de todos los espíritus.

Olas de jente se desbordan de ese mar de sangre y de crímenes, y ganan la ribera opuesta del Plata.

Buenos Ayres queda en poder de los bandídos. Las víctimas ya no estaban allí. Y á esa época desapareció de Buenos Ayres el último vestijio de aquella sociedad noble y delicada que había hecho su rango y su cultura en otro tiempo.

Manuela vé y oye estas calamidades de su patria, cuyos primeros mártires eran las personas de su sexo. Cerca de ella vienen á contar sus proezas de sangre los famosos asesinos de octubre, y una atmósfera de sangre y de lágrimas viene al fin á esparcirse sobre la frente de esa mujer infeliz, que para evitar una sola lágrima era tan impotente como la última persona del pueblo.

Los medios de terror, de este ó del otro modo, se prolongan hasta 1842 en que se repiten las escénas de 1840, y en todo este tiempo, en que la parte mas soez de la *Mashorca*, cuajaba los salones de la casa de Rosas, porque eso entraba entonces en sus planes, Manuela no tuvo siquiera una persona de corazon á quien volver los ojos, no tuvo con quien hablar de otra cosa, que de cabezas cortadas. de mujeres profanadas, de cárceles, de proscripciones, de robos, de cuanto el infierno puede sujerir de torpe á los que le venden su alma......

Ya es tiempo de reposar la mente un momento, fatigada con esta série de ejemplos repugnantes que se acaba de leer. Ya es tiempo de reflexionar sobre los resultados que tal educacion habrá dado para el corazon y el espíritu de la heroina de este escrito.

Supongamos que la naturaleza hubiese dado á Manuela Rosas, cuanto es imajinable de delicado, de sensible, de mujeril, en una palabra ¿ pero es natural, imajinable siquiera que tales propensiones se conservasen puras entre la atmósfera en que vivian ? nó ; mil veces imposible. Eso sería querer negar la influencia de la educacion, que vemos y estudiamos á cada instante en derredor nuestro. Eso sería desmentir la debilidad que ha dado Dios á las obras huma-

***

nas, para que su fortaleza adquirida sea un título de bienaventuranza con que se presenten en el cielo. Eso sería negar lo que pasa en nosotros mismos en cada período de nuestra vida, por que en cada período de ella, nos educamos, y estamos perfeccionando ó pervirtiéndonos.

La sensibilidad, los gustos, y hasta el impresionable temple de sus nervios, todo debió encallecer, pervertirse, y endurecer en Manuela—Esto es lo natural, y lo natural es irresistible en lo moral como en lo físico.

Eso es lo natural, y por eso sucedió así. Acercaos á cualquiera señorita ; habladla de una herida, de una gota de sangre nada mas, y la vereis que empalidece, y conocereis que sufre ; por que las narraciones de sangre son una cosa estraña á sus oidos, y una impresion á que sus nervios y su corazon no están habituados.

Acercaos á Manuela, habladla de diez cabezas de unitarios que se han cortado la noche antes ; referidla la agonía de las víctimas, y hasta la espresion espantosa de sus ojos, en el poster relámpago de vida que los alumbró, y Manuela oirá la historia, tan impasiblemente como si la contaseis cualquiera otra cosa.

¿ Qué significa esto ? Significa que la sensibilidad de esa mujer, la sensibilidad de su alma y de sus nervios, está gastada para esas impresiones, al influjo de la repeticion de ellas mismas.

A vista de esto, podría suponerse que esa mujer tiene un corazon naturalmente malo. Pero tal suposicion sería injusta.

No hay malos inactivos. Los malos hacen el mal ; y Manuela Rosas, en posicion de hacer tanto mal como quisiera, no ha hecho derramar una gota de sangre ni una lágrima Á NADIE. Esto solo basta para esplicarlo todo. Basta para convencer que la naturaleza no dió á esa joven ningun instinto dañino ; que mucha bondad debió encerrarse en su alma al venir al mundo, pues que ha resistido, para el mal, á todos los medios y las facilidades con que la ha precipitado á él su mismo padre.

No hay mas, sino que la educacion que éste le ha dado ha agotado en ella ese manantial de sensibilidad esquisita, que está depositado por la naturaleza en el corazon de las mujeres ; y estinguido esos instintos suaves, esa timidez y ese candor anjelical, con que hacen de este mundo el paraiso terrestre de los hombres. Y de ahí esos mil cuentos que corren de boca en boca sobre esa víctima de su propio padre, y que ninguno se ha tomado el trabajo de averiguar la causa de ellos. De ahí ese hecho sorprendente de las orejas saladas del coronel Borda, que se asegura fueron presentadas por ella en un plato á un oficial de la marina inglesa. Hecho repugnante y horrible, pero que no prueba mas, que la revolucion que han sufrido en Manuela, por causa de su educacion, todos los sentimientos y los instintos de mujer : que es una mujer sin sensibilidad, en la manera como se entiende esta espresion, pero nada mas que esto.

Se vé pues, que estoy perfectamente de acuerdo con los que sostienen que Manuela Rosas no puede tener la sensibilidad y los instintos que las otras personas de su secso; pero ¡ cuan lejos estoy de conformarme con la consecuencia que sacan de esto, es decir, que á tal mujer, el amor le debe ser del todo indiferente, y que la ausencia de este sentimiento en ella, no puede por lo mismo ser echado de menos en su corazon!

La sensibilidad no es el amor; ni es tampoco la capacidad de sentirlo; es, simplemente, la facultad moral que lo embellece y lo espiritualiza. Pero el amor, ese sentimiento imantado que aproxima los dos sexos, tiene mil modos de ser diferentes en el corazon humano. Y es quizá mas imperativo y violento allí donde penetra al través de un espíritu fuerte y endurecido por las impresiones enérjicas y rudas de la vida.

Las facultades morales se activan las unas por la decadencia ó la estincion de las otras, como sucede en la organizacion física. Y el corazon menos delicado y tierno en sus instintos y en sus propensiones, es, con frecuencia, el mas apropósito á la fiebre de una pasion violenta y arrebatada. En un corazon así no hay lágrimas, no hay esa melancolía dulce y espiritual que consume lenta y gradualmente al alma humana en quien el sentimiento prodomina; pero hay toda la energía necesaria para la desesperacion y hasta para el suicidio muchas veces.

Retroceded la mente á la historia de las sociedades primitivas, y no encontrareis por cierto sino espectáculos salvajes, donde la naturaleza moral de la mujer debía perder todos los instintos anjelicados con que salió de las manos de la naturaleza: y es una verdad, sin embargo, averiguada por la filosofia y por la historia, que las pasiones, y la del amor especialmente, se ostentan mas enérjicas y profundas á medida que la humanidad está mas próxima al orijen que le conocemos.

Por el contrario, ese encallecimiento, permítaseme esta espresion, que han dado al corazon de Manuela, las impresiones rudas que lo han combatido desde su niñéz, y esa poca impresionabilidad de sus nervios, por el efecto de la habitud á recibir emociones violentas, han hecho ascender mas los grados del infortunio de su alma, porque la han despojado de esa susceptibilidad á impresiones frívolas y lijeras, que distraen, alagan y enajenan la imajinacion de las mujeres, cuando su corazon queda aprisionado entre las redes de una pasion.

Y cuando el suyo cayera en ellas ¿ qué encontraría dentro sí misma para distraer su espíritu de la situacion que lo preocupase? nada, nada de esos mil estímulos de ilusiones mujeriles, que se esconden en la naturaleza sensible y superficial del sexo, cuya alma no ha pasado por la lija de fierro que el alma de Manuela.

Infeliz! infeliz hasta el martirio, el dia que una pasion se abriese paso en su alma, condenada como está por su padre, á no entregar su corazon á ningun hombre! infeliz ó criminal, no hay medio!



¿Y entretanto, con qué la ha compensado su padre de esta horfandad glacial á que destina su alma, si es posible que haya para esto compensacion humana?

Desde 1845 empieza Rosas á variar de instrumentos y de formas para la prosecucion de su dictadura. A la manera de Cromwell, con quien tiene tantas similitudes, empieza á despejarse de aquellos hombres que le sirvieron para sus hechos inauditos de sangre, luego que estos hechos se consumaron, y dá principio á la organizacion de una especie de corte, con ciertos oropeles y fausto que le hicieran menos repugnante en el esteríor, con quien empezaron en esa época sus célebres cuestiones que continúan hoy.

Manuela entonces, sombra viviente y forzada del pensamiento de su padre, tiene que pedir á su intelijencia cuantos recursos le quedaban de los que la providencia le había dado, para suplir con ellos todos los defectos de su descuidada educacion de cultura, y hacerse de repente dama de estrado y de gabinete, para ayudar á su padre á engañar y estraviar en sus juicios á los diplomáticos europeos, y para dar al pueblo de Buenos Ayres la iniciativa de una vida ficticia, llena de abandono, de lujo y de algazara á que el dictador lo destinaba por algunos años, á fin que olvidase el cáncer que devora las entrañas de la sociedad civil y política.

Pero ¿es eso bastante? Oh, Dios mio! eso no es sino hacerla marchar por otra vereda en el camino del vicio! Ayer la prostituía con los asesinos, hoy la prostituye con la mentira, con el artificio, con el dolo.

Pero aun concediendo que esa vida de apariencias civilizadas que hoy goza Manuela en su palacio de Palermo, pudiera distraer su espíritu, ¿será menos verdad que para las pasiones nobles, su corazon es un desierto donde la flor que brotára sería arrancada por la mano parricida de Rosas? Será menos cierto, que del cielo que la cubre no es posible que se desprenda una sola gota de rocío, para apagar esa sed de la naturaleza humana que se llama el amor, sino es entre una nube de misterio y culpa?

Alma endurecida en el yunque de los delitos, Rosas es incapáz de apiadarse de la situacion á que él mismo ha condenado el corazon de su hija. Pero la naturaleza habla alguna vez hasta en el corazon de los tigres, y alguna vez, allá quizá cuando el frío de la muerte empiece á helar la fiebre de sangre en su cabeza, echará una mirada sobre su hija, tan fiel, tan sumisa, tan leal á su voluntad, por su desgracia, y sentirá quizá todo el torcedor de los remordimientos en su alma, cuando vea en su hija la primera víctima de sus delitos!

Por su padre, ella ha sido profanada en un lodazal de crímenes y vicios, rozando sus vestidos de vírjen, con el poncho ensangrentado de la Mashorca, y con las sedas infamemente adquiridas de mujeres sin honra.

Por su padre, ha perdido la parte mas florida de su juventud, en un laberinto perpétuo de inquietudes, de sobresaltos y de intrigas.

Por su padre, ha dado cabida en su corazon á ódios y á sentimientos repul-

sivos que le han yermado en él todos los afectos dulces y delicados con que la mujer embellece y endulza hasta sus mismas lágrimas.

Por su padre, ha sido aborrecida y calumniada, porque los vicios y los delitos de él no provocaban, durante el vértigo de la guerra civil, sino el horror á cuanto le rodeaba y le pertenecía.

Por su padre, ha tenido que divorciarse con la humanidad entera, y cerrar su alma á todo otro sentimiento que no sea de partidos políticos.

Por su padre, su corazon no conoce, á los treinta y tantos años de su vida, la felicidad que la voz misma de Dios ha santificado en la humanidad. Su juventud se ha perdido ; se perderá su vida, y su cabeza no se habrá reclinado jamás sobre el seno de un esposo.

Por su padre, tiene que proscribir de su lado todas las personas honradas y cultas de su pais.

Y por su padre, en fin, pasará su nombre á la posteridad, á recibir el juicio mas ó menos imparcial de la historia !

He ahí lo que es Manuela Rosas : una víctima y nada mas que una víctima de D. Juan Manuel Rosas.

Los aduladores del dictador, conviértanla en una diosa ; sus enemigos irreflexivos y pasionistas, háganla un demonio ; unos y otros se desviarán de la verdad; pues ella no es mas que una mujer desgraciada, que sin ser un ánjel de bondad, no es tampoco un jénio del mal. Una mujer que hubiese podido ser escelente con otra educacion y otro padre ; pero á quien ni su padre ni su educacion han conseguido hacer mala, rigorosamente hablando.

Es así como la creo ; y en honor de la tierra en que he nacido, que no brota tantos monstruos como algunos quieren, he creido deber dibujar, aunque á grandes rasgos, la fisonomía de esta mujer histórica, á quien se ha presentado siempre bajo tan falsos colores, para que una vez á lo menos se haya escrito la verdad sobre ella.


3 0000 004 127 316

